

10
5

REVISTA GALAICA,

por

DON BENITO VICETTO.



10
1 5

TOMO SEGUNDO.—ENTREGA 11.

FERROL:
Imprenta de EL ECO FERROLANO,
calle Real, número 80.

1875.

RECEIVED

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO
540 EAST CANTON STREET
CHICAGO, ILL. 60607

1977

REVISTA GALAICA.

Se publica los días 15 y 30
al precio de DOS rs. cada mes.

REDACTOR.—D. Benito Vicetto.
ADMINISTRADOR.—D. Juan Mogrovejo.

LA REVOLUCION ECONOMICA.

Al abordar cuestiones importantísimas de Hacienda, una de estas tres cosas debe abonar al publicista: su reputacion, su dialéctica ó la bondad de su idea. Respecto á lo primero, nuestro nombre no puede ser más humilde en las controversias financieras, puesto que en muchos años que contamos de periodistas, jamás abordamos debate alguno de economía política. Respecto á lo segundo, desde una edad muy temprana recibimos coronas y aplausos por escitar el sentimiento general, al impulso de nuestras inspiraciones literarias; pero, hoy por hoy no apelamos á ese medio que nos produciría un resultado opuesto. Y respecto á lo tercero, sobre esto si que reclamamos la atencion de nuestros lectores; pues la bondad de nuestra idea económico-política, nos inspira la confianza con que afrontamos la cuestion que afrontamos, la cuestion magna por excelencia, la cuestion de la hacienda nacional.

Se dice vulgarmente — y tal vez con mucha exactitud — que la sociedad tiene el corazon en el bolsillo y el bolsillo en el corazon. Esto respecto á la humanidad en general. Ahora, respecto á la sociedad política de que formamos parte, si la nacion no tiene el sentimiento en el bolsillo y el bolsillo en el sentimiento, ó nuestro criterio no es criterio ó es el criterio riguroso del pueblo. En vano que se hagan revoluciones sobre las castas, las razas, las clases, y todo, en fin, lo que tienda á una nivelacion social: es en vano — repetimos — porque hay una cuestion que está por encima de todas las cuestiones, y esta cuestion es la del bolsillo. ¿Queréis *g. bernar* un pueblo, y para *gobernarlo bien* le dais libertad, es decir, luz, horizonte y movilidad? Muy bien *por el pronto*. Pero, si para gozar de esa luz de que estaba privado, en su ceguera; si para gozar de ese horizonte de que estaba privado, en su esclavitud; y si para gozar de esa movilidad de que estaba privado en su parasismo político, le exigis más escudos trimestrales, ó los mismos escudos, ese mismo pueblo dirá, y no sin alguna razon: «—Pues qué, ¿para esto he derramado mi sangre? Gobierno, dame la luz del espacio, sin tributo; dame el horizonte, sin tributo; dame, en fin, la movilidad que Dios me dió al hacerme hombre, sin tributo. Pero como el gobierno, sea de la escuela política que quiera, no puede conceder esto al pueblo porque para vivir en sociedad y sostener los cargos de toda asociacion política, es indispensable un tributo ó tributos,—el gobierno de una nacion no puede acceder á la demanda del gobernado; ya sea gobierno de una monarquia ya de una república. De aqui las contribuciones.

Como jefe de la seccion administrativa de la

Administracion económica de la provincia de la Coruña, he tenido ocasion de estudiar el asunto. Ayer—antes de la revolucion,—el pueblo pagaba: por territorial, por subsidio industrial, por consumos, por traslaciones de dominio, por el cinco por ciento, etc., etc. Hoy—después de la revolucion—se quiere que el pueblo pague: por territorial, por subsidio, por capitacion, por traslaciones de dominio, y por el diez por ciento, etc., etc. ¿Qué beneficios reportó pues, la revolucion de Setiembre en sentido económico? Ninguno: estamos lo mismo que estábamos. Y como el pueblo tiene el sentimiento en el bolsillo y el bolsillo en el sentimiento, no *agradece* la revolucion de Setiembre; y está, y estará siempre en perturbacion permanente mientras no se efectúe la revolucion en sentido económico.

Segun el *máximum* del último presupuesto nacional España necesita 3,000.000.000 de reales. Y qué! España, ese inmenso territorio que se extiende desde los Pirineos al Mediterraneo y á los dos océanos ¿no tiene palacios, casas y caserios; montes, valles y jardines que, siquiera al uno por ciento de su valor intrínseco cubrirían, no una vez sino dos veces, ese presupuesto anual de la nacion? A eso se nos responderá con una afirmacion y una negacion: se nos contestará que si, que bastaba una sola contribucion —la territorial—para cubrir las cargas del Estado; pero que como no hay estadística, como no está hecho el catastro, hoy por hoy es imposible. ¿Qué no hay estadística, qué no está hecho el catastro? ¿Y esto es razon suficiente? De ningun modo. ¿Qué se tardaría en que la estadística territorial de la nacion fuera una verdad y no una mentira como lo es hoy? ¿Ocho ó diez años? pues los romanos tardaron ménos en hacerla cuando nos dominaron. Pero, concedamos esos ocho ó diez años;—y á eso nos objetarán, con razon, que no hay dinero ni crédito para sufragar los gastos públicos en ese interregno. Respecto á lo primero será verdad, pero respecto á lo segundo, no! porque habiendo fincabilidad ó propiedad, hay crédito, y nosotros tenemos la propiedad de nuestros ferro carriles en el porvenir.

Los que hemos venido á la vida en la generacion presente, ¿qué carreteras, qué vias férreas, qué vias telegráficas hemos encontrado en el plano de la nacion? Nada: todo lo hizo la generacion actual. Y bien: si á las generaciones venideras les dejamos esa red de carreteras y de *rails* en el suelo, y esa red de hilos metálicos en los aires, ¿qué mucho que les dejemos á la vez un déficit por tanto beneficio? Pues qué, dentro de poco ¿la nacion, la entidad pueblo español, no será propietario de esa valiosa red de ferro carriles? ¿No entrará en el usufruto de las utilidades de esa inmensa propiedad? Pues si esa propiedad va á ser una herencia cuantiosa del pueblo español venidero ¿qué

mucho que esa herencia la recoja con algun gravámen? Creemos indicar, con esto, un gran recurso para que la estadística sea una verdad, y el catastro se realice;—y de este modo no estara la hacienda española como está en lo territorial, pues ¡admírense nuestros lectores! paga más contribucion por territorial el humilde pueblo de Carballo, que la ciudad del Ferrol...

Siendo, pues, suficiente la contribucion territorial para sufragar las cargas de la nacion, la otra contribucion—la industrial—bastaba tambien para atender á los gastos del municipio y de la provincia. Para realizar debidamente la contribucion industrial, nala como los ayuntamientos: no la gestion administrativa del estado. Ellos frente á la industria y la industria frente á ellos, esta actitud produciria dos ventajas: la de reducir los gastos municipales y provinciales absolutamente á lo preciso, y la de que esta contribucion seria entonces ménos gravosa; porque así como los municipios no mirarian con indiferencia las ocultaciones, los industriales á la vez inspeccionarian más los gastos del municipio y de la provincia.

Resumamos nuestro plan económico. Una sola contribucion —la territorial— para el estado; y una sola contribucion —la industrial— para el municipio y la provincia. Para que la primera, no sólo produzca tres mil millones de reales al año, si no doble, bastaba una buena estadística, y con esto se extinguiria la deuda. Para que la segunda, produjera triple de lo que produce, bastaba su administracion por los mismos municipios,—y abajo los consumos y las trabas de aduanas y efectos estancados, puesto que sin estas trabas la industria se multiplicaria rindiendo mayores beneficios á las localidades. La administracion de la contribucion territorial por el estado y para el estado, sobre ser sencillísima bajo la base de una buena estadística, ahorraria muchos millones en el personal porque seria de fácil recaudacion: que el catastro sea una verdad, y entonces los topógrafos catastrales evidenciarían gráficamente la parcelacion del territorio nacional. La administracion de la contribucion industrial por los municipios y para los municipios y provincias, ahorraria al estado los muchos millones que consume el cuerpo de carabineros, buques guardacostas, personal de aduanas, etc., etc., vendiéndose los edificios de todas esas oficinas por innecesarios.

Acabamos de abordar la revolucion económica, tal como creemos que lo demanda la ciencia y el espíritu público. Claras son nuestras afirmaciones; pues todo lo subordinamos á la claridad para que mejor resalte la bondad de nuestro pensamiento. En las cuestiones de ciencia positiva, preferimos el estilo matemático al más florido de Lamartine ó Victor Hugo. Felices nosotros si, por este medio, llevamos una piedra al altar de la regeneracion de nuestra patria, en esta época en que la revolucion aún parece estar en las ideas y no en la práctica. En general, visto el cuadro á la luz conveniente, las sombras que parezcan asombrarlo no lo serán para los verdaderos políticos, para los que aman la política de principios y no la política menuda de personas ó de ridículas banderías.

B. VICETTO.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

LA CORONA DE FUEGO.

I.

El Miño es uno de los rios más principales de España sin salir de los límites de Galicia. Desciende de las faldas occidentales de los últimos ramales de los Pirineos en una laguna llamada Fonte-miñá, perteneciente á la provincia de Lugo, y despues de absorber infinidad de rios y riachuelos corriendo unas sesenta leguas, se une en la villa de la Guardia al océano atlántico.

Pero en las sinuosidades de estas sesenta leguas cuántos paisajes pintorescos deja á derecha é izquierda, cuántos castros, cuántos castillos arruinados! Si algunos de nuestros escritores recogieran aquellas páginas de escombros diseminadas por los valles y las montañas que atraviesa, si se dedicaran á explotar aquella mina de hechos horrendos, monstruosos, infernales, virgen áun, donde el puñal y el incendio han figurado tanto, ¡qué abundante repertorio de asuntos espantosos no en contrarian para sus dramas! ¡qué galería tan completa de héroes y de mártires, de caballeros fuertes é infames y de caballeros débiles y honrados, de verdugos y de víctimas, no arrancaria á las ruinas, desde la dominacion de los su- vos hasta la dominacion de los Borbones!...

Y sobre todo, en la edad media, ¡en aquella edad de tanto reyezuelo, de tanto déspota, de tanto asesino! .. ¡entre aquellos hombres abrasados por los vicios del país, que no vivian más que para las orgias y el vicio, que alimentaban las pasiones más violentas é iracundas, y que como los más detestables piratas ó bandidos no sentian emociones más deliciosas que las emociones del licor y de la sangre, las emociones del puñal y el fuego!...

Todos los episodios más sangrientos y dolorosos que deseaban hallar nuestros poetas desde la aparicion del *Ibanhoe*, todo lo hallarian en aquel museo de ruinas... allí, en aquellos pueblos y comarcas donde asesinaban los arzobispos públicamente, en medio del día, en medio de la calle y en la misma procesion de Corpus... allí, donde las venganzas más horrosas han dejado hondamente impresas las huellas de sus triunfos... allí, donde arrastraban y despeñaban cond-s... donde los sacerdotes se ataron á los caballos de los vencedores, y como en otras partes, los altares sirvieron de pesebres á sus corceles medio quemados y enrojecidos por las llamas y la sangre de los moribundos... donde en el siglo XV estalló una revolucion popular que nada perdonó porque nada podía perdonar á sus opresores, y que al grito de *libertad* arrasó los castillos solariegos oponiéndose á todo dominio señorial... aquella conmocion en que nada se hizo á medias, la lanza en pos del puñal... en pos de la sangre, el fuego... aquella conmocion fatal en que los nobles tuvieron que defender sus fortalezas palmo á palmo, escalera por escalera, con las llamas por la espalda y las dagas por el pecho, concluyendo por incendiarse todo, cadáveres y castillos. ¡Oh! ¡las márgenes del Miño han consumado admirablemente las devastaciones!

No hay castillo feudal desmoronado que no esconda una leyenda horrible entre sus hacinados escombros; no hay convento que si pudiera hablar no nos revelara escenas espantosas de muerte y de pillaje, de insultos y profanaciones. Mas entre todas esas leyendas lastimosas que las pasadas generaciones nos legaron, ninguna tan conocida en Galicia, tan interesante ni original como la que nos va á ocupar; y

sin embargo, ninguna tan confusa, ninguna tan adulterada. Unos la hacen hija legítima de Villalba, y otros de Monforte de Lemos... unos la refieren de un modo y los demás de otro; y aunque todos disienten en las causas, todos convienen en el efecto... todos concluyen con la corona de hierro, con la corona de fuego!...

Pero hé aquí la tradición... es una historia terrible que nuestros montañeses más impávidos deseaban tener por fabulosa si no la vieran confirmada por los eruditos y por las crónicas antiguas del territorio.

II.

No muy distante de la confluencia del Sil y el Miño en Emtrambasmestas, se reúne al primero junto á la barca de Santisteban el cristalino Cabe que nace en las sierras de Oñcio y pasando por Fornelos, Ferreirúa y el puente de Romaiño, corre por el centro de Monforte de Lemos dividiéndola en dos mitades enteramente iguales.

Esta villa, pues, que se halla al N. O. de la ciudad de Orense y á una distancia de diez leguas sobre poco más ó ménos, es de las más agradables y vistas de Galicia. Situada al pié de una elevadísima montaña, por cuyas pendientes es tanto riachuelo bajan serpenteando al río que la atraviesa, se dibuja tan pintoresca con sus cuatro conventos, con su famoso seminario de magnífica fachada y otros edificios más que descuellan entre las bellísimas casas de sus rectilíneas calles, que ofrece un aspecto admirable y elegante para el viajero que gusta de esas perspectivas risueñas, esculpidas sobre un campo lleno de verdor y animación, y bajo un cielo azul y transparente como el delicioso cielo de nuestras montañas septentrionales.

En la cima del monte cónico y aislado, á cuyas plantas se levanta esta villa de unos novecientos á mil vecinos, hay en el día un montón informe y colosal de vestigios escudros, entre los que alguno que otro torreón mutilado se descubre como para dar una idea de lo que fueron en otra época. Estas mismas ruinas son las de la casa solariega de los condes de Lemos, descendientes de reyes y reputados como los señores más poderosos del país; pues su señorío constaba de veinte castillos según las tradiciones antiguas, y el P. Gándara asegura en su voluminoso novulario. Inmediato á este castillo, tan inmediato que del uno al otro edificio se vá por una galería arqueada sostenida por diez ó doce pilas de piedra sillera, se levanta el monasterio de San Vicente del Pino. Ambas fábricas representaban el símbolo de la armonía que reinaba en los siglos medios entre el clero y la nobleza... eran dos amigas queridas; el semicírculo que servía de comunicación entre las dos, figuraba las manos que sellaban la alianza.

Y esto pasaba en el alto de la montaña: en la base estaban las casas del pueblo como una legión desordenada de vasallos acampados que intentaban en vano trepar por las pendientes que los separaban de los nobles y de la iglesia... Todo parecía estudiado, hecho al intento... los señores arriba, los siervos á sus plantas.

Pero sin embargo de la celebrada unión del clero y la nobleza, tan bien representada en el panorama que ofrecía la montaña fuerte ó Monforte, muy luego el odio substituyó á la amistad... un odio irracional, implacable, mortal... ¡oh! sí, ¡mortal!

Vereis por qué.

III.

El conde de Lemos en 1309, D. Alonso de Castro, era un conde pacífico, afable y *boo de rogar é mao de forzar* como Vasco Fernandez de Temez, progenitor de los Córdovas, y como este mismo caballero

pequeno de corpo é grande de esforzo (1). Al contrario de su difunto padre, que por el más insignificante objeto tanta sangre derramara en sus estados y fuera de ellos, y quien por sus crueldades mereciera el sobre nombre de *O Doente* (2); D. Alonso tan sólo se consagró al cuidado de su hija Elvira, y nadie le veía sino á su lado, porque además de idolatrarla con extremo afán, como la hermosa dama padecía una de esas terribles consumciones pulmoniacas que matan lentamente, con sus afectuosas palabras trataba de desterrar su melancolía y mitigar los dolores que la martirizaban.

Según la tradición que seguimos, Elvira era muy bella, y apesar de la incombustible enfermedad que la desmejoraba de día en día, había despertado en el pecho del abad de San Vicente una de esas pasiones superiores á nuestra razón y á nuestras fuerzas, que duran mientras dura el alma, y que sólo deposita el hombre en el sepulcro.

El bueno del abad luchaba interiormente con su amor sacrilego... con aquella afición que le atormentaba por tantos medios... pero por más que trataba de remontar su pensamiento para fijarlo en Dios, sólo en Dios, su pensamiento descendía para fijarlo en Elvira... ¡sólo en Elvira!

Padecía mucho, muchísimo...

—«Bien... bien,— se dijo un día que reflexionaba en el fondo de su celda, acerca de aquel amor profano y tenaz,— amemos en silencio y el mundo ignorará el objeto de mi adoración eterna, porque este amor conozco que es eterno... amaré en silencio, como se ama á un ángel... nada más... nada más...»

Y desde entonces la reflexión va no fué un dique que contuviese el desarrollo de aquella pasión desventurada... amó con más libertad. Amó, pero no como aman los sacerdotes á los ángeles, con admiración y respeto; amó como ama el hombre á la mujer, con amoroso deleite... con fuego y ceguedad.

Más tarde, cuando Elvira arrodillada á sus piés en un confesionario del convento, le reveló su oculto amor á Enrique de Foulebar, paje del opulento conde; cuando de los labios de la inocente joven salió aquella confesión sincera y firme... ¡oh! lo que sufrió entonces el abad fué indecible... unos celos profundos le hicieron concebir una idea infernal... la muerte de aquel paje.

Y en efecto lo consiguió.

Porque, pocas semanas después Enrique de Foulebar apareció lleno de puñaladas y medio enterrado en el fango del undoso río, sin que pudiera descubrirse su asesino por más medidas que tomó el de Lemos.

El asesinato del amoroso paje acrecentó los padecimientos de la virgen de Monforte, y estuvo á las puertas del sepulcro. Después se fué recobrando poco á poco—y por fin la muerte abandonó su presa.

Por este tiempo fué cuando D. Fernando IV, el Emplazado, llamó á sus nobles contra los moros, y el conde de Lemos reunió sus hombres de armas y partió á Sevilla á reunirse. Pasados tres meses, en los que asistió al sitio de Gibraltar donde tuvo el sentimiento de ver morir en sus brazos al célebre Guzman el Bueno, regresó á sus dominios y encontró un sepulcro más en el panteón de su familia... ¡había muerto su hija!

Lloró mucho el poderoso conde; y gracias al astuto abad fué minorándose lentamente su pesar, aunque desde luego no tuvo otro altar que la tumba de su Elvira.

(Concluirá en el número próximo.)

(1) Es muy notable lo que se lee en la sepultura que tiene en Celanova este infanzon gallego, porque tan bien lo caracteriza en pocas palabras: Aquí jaz. Vasco Fernandez de Temez, pequeno de corpo é grande de esforzo, boo de rogar é mao de forzar.

(2) El rabioso,

EN EL ALBUM DE CAROLINA C***

¡Ay!... cual ave de paso retardada
cruzando esta poética tiberá,
no puede a zar ni voz desesperada
el pie de su queja postimeral!

NICOMEDES PASTOR DÍAZ.

Orilla del Jévorá. - 1847.

LENGUJE DE LAS FLORES.

Los hombres en Europa usan poco las flores de la retórica; pero en cambio usan bastante las flores del pensamiento. Las mugeres parecen mas inclinadas á la retórica de las flores, aunque muy poco versadas en ella, pues desconocen a *syntaxis floral*, por decirlo así, y sus sentimientos los suelen resumir tan solo en una.

Los hombres de Oriente corren parejas con los de Occidente; pero no así las mugeres. Un ramillete de una oriental es un discurso con su exordio y peroracion; cada flor es un período ciceroniano.

Para los orientales suelen ser susceptibles de explicacion hasta las graduaciones mas delicadas del sentimiento y las ideas mas sutiles de la metafísica del corazón. Provista una odalisca de algunas frescas corolas, cogidas á orillas de un camino, se atreveria á desfilir las obras mas tiermas y amorosas de nuestros poetas. Ellas encuentran una biblioteca en el centro de un parterre, y por medio de un ramillete pueden expresar cuanto dice nuestra galeria de novelas caballerescas, desde Artus de Algarbe hasta las últimas de Alejandro Dumas.

La forma de las flores, su perfume y color componen la trinidad gramatical de este idioma de los amores, y la combinacion indefinida de estos tres elementos constituye una *syntaxis* que las mugeres adivinan mas bien que aprenden. Los hombres conciben difícilmente las bellezas de este lenguaje sensible á la vista, y las figuras atrevidas de esta retórica aromática.

Un europeo en Oriente joven y galante, pero poco hábil en este género de escritura, maldeciria las universidades por no haber establecido en medio de su farrago escolástico, una cátedra de retórica de las flores. Cambiaría de buena gana la penosa confusion de las lenguas muertas o espirantes, que habiese aprendido, por dele rear el misterioso alfabeto de este idioma eterno de la naturaleza.

El lenguaje de las flores es tan discreto que jamás nombra á nadie, no admite nombres propios.

Nosotros consignaremos aquí la acepcion de algunas de las mas conocidas, dejando á la superioridad intelectual de nuestras amabas suscriptoras en este género de retórica, la formacion del *selam*, ramillete en que cada flor tiene un significado que varia segun su posicion relativa.

Perpétua — Amor eterno.
Aleli — Belleza permanente.
Albaca — Odio.
Amapola — Consuelo.
Adónida — Recuerdos dolorosos.
Fresa — Bondad perfecta.
Mirto — Amor.
Morera — Prudencia.
Sensitiva — Pudor.
Olivo — Paz.
Jazmin blanco — Amabilidad.
Hepática — Confianza.
Ortiga — Crueldad.
Reseda — Tus cualidades exceden á tus atractivos.
Lila — Primera emocion de amor.
Pensamiento — Tu ocupas mi pensamiento.
Malva — Dulzura.
Caténdula — Celos, tormento.
Balsamina — Impaciencia.
Flor de Limon — Recuerdos transitorios.
Dondiego de dia — Coquetismo.
Anagida — Fita.
Verónica — Fidelidad.
Vellocina — No me olvides.
Retama — Débil esperanza.
Rosa pajiza — Infidelidad, desden.
Flor de manzana — Arrepentimiento.
Yedra — Ternura reciproca.
Violeta doble — Amistad reciproca.
Crisócomo — Hacerse esperar.
Batata — Benevolencia.
Yerbabuena — Curacion.
Escabiosa — Viudez.
Corenilla — Fidelidad.
Azucena — Pureza.
Azafran — No abuses.
Madreselva — Union eterna.
Iris — Mensaje.
Hepática — Confianza.
Ajenjo — Disgustos, amarguras.
Ateli silvestre — Fidelidad en la desgracia.
Amaranto — Indiferencia.
Heliotropo — Solo á tí miran mis ojos.
Coronilla silvestre — Pureza de sentimientos.
Trigo — Riqueza.
Serval brabio — Prudencia.
Retama — Débil esperanza.
Hortensia — Es V. muy fria.
Girasol — Yo te amo.
Flor de naranja — Astidud.
Capuchina — Discrecion.
Artemisa — Felicidad.
Musco — Amor materno.
Junquillo — Deseos, goces.
Lúpulo — Injusticia.
Laurel — Triunfo, gloria.
Acacia — Amor platónico.
Rosal — Música.
Margarita — Lo pensaré.
Acacia rosa — Elegancia.
Rosa de cien hojas — Garvo.
Adelfa — Bondad y belleza.
Espino negro — Dificultades.
Hojas secas — Melancolía.
Moral — No te sobreviviré.
Zarzarosa — Amor desgraciado.

Tulipan—Declaracion de amor.
 Violeta—Modestia.
 Lirio silvestre—Volver á la felicidad.
 Rosa blanca en capullo—Inocencia.
 Tilo—Amor conyugal.
 Clavel encarnado—Vivas sensaciones.
 Rosa blanca marchita—Antes morir que perder a inocencia.
 Yerba doncella—Amistad eterna.
 Margarita doble—Participo de tus deseos.
 Ananas—Perfeccion.
 Maravilla—Timidez de amor.
 Anémoma—Perseverancia.
 Geranio de rosa—Preferencia.
 Anémoma silvestre—No tienes derecho alguno.
 Fumaxia—Timidez.
 Aguilera—Guerra.
 Espino blanco—Esperanza lisongera.
 Celedonia—Primer suspiro de amor.
 Avellano—Reconciliacion.
 Geringuilla—Amor maternal.
 Cochico ó mataban—Pasó el tiempo de mi felicidad.

EL AMOR DE LAS NIÑAS.

El amor de las niñas
 es como el cielo,
 tan azul en verano
 como en invierno;
 pero un nublado
 lo oscurece en invierno
 como en verano.

EDUARDO GASSET Y ARTIME.

Madrid—1860.

GALICIA PINTORESCA.

PASO DEL ULLA EN SAN JUAN DA COVA,

Favorecido nuestro pais por la naturaleza, no se encuentran en él ni las elevadas montañas del Asia, ni los caudalosos rios de América, ni los abrasadores desiertos del Africa, ni los terribles volcanes de la Oceanía. La montaña mas elevada de España no escede de 11,000 pies sobre el nivel del mar (1), el curso del mayor rio que la riega es de 157 leguas, los desiertos han desaparecido bajo el influjo de un clima benéfico, y los volcanes que, segun vestigios, pudieron en algun tiempo desolar su fértil suelo, aparecen hoy apagados sin indicios de que vuelvan á inflamarse sus cúspides ignivomas. Esto no obstante, fenómenos se presentan á nuestra vista que, aunque de distinto géne-

(1) El pico de Mulhacen en Granada, que es el mas elevado de nuestro pais, está á 10,800 pies sobre el nivel del Mediterraneo, mientras que el Dabalaguerre, el mas elevado del Asia, escede de 28,000 pies.

ro que los indicados, no carecen de la imponente magestad con que están revestidas estas obras del Criador, y cuya presencia hubiera hecho detener los pasos del Humboldt al atravesar la cordillera de los Andes y de Saussure al remontarse á la cima del Monte Blanco. Uno de estos fenómenos es, sin disputa, el que motiva este artículo. En otro pais, fuera el paso del Ulla en San Juan da Cova, objeto de bellisimas teorías acerca de su formacion; teorías que, aun cuando no para otra cosa, servirian para enriquecer la ciencia de Carlos Liell, aclarando un hecho geognóstico; en España permanece ignorado porque no hay viajeros que lo describan, ni geólogos que lo expliquen, porque el territorio que le abriga es desgraciadamente tan desconocido como vilependiado, y porque el rio á quien debe su origen figura tan solo en el mapa del antiguo reino de Galicia.

Este rio, que lleva por nombre el Ulla, tiene su origen en dos manantiales cerca del lugar de Suengas, en el obispado de Lugo, recibe en su curso las aguas de numerosos afluentes y va por fin á perderse en la dilatada ria de Arosa, pagando su tributo al océano Atlántico. Al S. O. de Santiago atraviesa este rio el valle á quien presta su nombre, uno de los mas hermosos de aquel pais, y en el que nada falta á la imaginacion mas exigente para creerse trasportada al mas risueño paisaje de la pintoresca Suiza, ó delante de una de esas variadas flores que Wande-Velde immortalizó en sus cuadros. Allí vamos á conducir á nuestros lectores y á desarrollar ante sus ojos uno de los panoramas mas sorprendentes de la naturaleza, digno de los idilios de Gesner y de Garcilaso.

A nuestra izquierda se presenta, como el marco de tan vistoso cuadro, el antiguo *Mon Sacer*, llamado hoy dia con poca corrupcion *Pico Sagro*; enorme promontorio de cuarzo semi cristalizado, que elevándose 1,920 piés sobre el nivel del mar, alza su elevada cúspide sobre las colinas que le rodean como pirámides de Cheops sobre la arena del desierto. Pero este cono inmenso, cuya base se pierde en un mar de verdura, y cuya cima se dibuja en el azul del firmamento, aparece cortado por la banda del Sur, como si una raza de gigantes hubiera intentado abrirse paso al través de aquella mole para buscar en su seno los tesoros que encerrar podria (1). Las paredes de este corte, casi verticales, se elevan como unos 200 piés sobre el nivel del rio, adornadas en toda su altura de numerosos picachos cual otros tantos fantasmas envueltos entre las brumas del Ulla, y arrullados por el graznido de las aves de rapiña que buscan en ellos su recondita guarida. ¡Sublime espectáculo, que

(1) Dice Justino que el Pico Sagro fué llamado por los romanos *Mons Sacer* á causa del mucho oro que criaba, estando vedado arrancar dicho metal, excepto cuando el rayo abria la tierra, lo que sucedia con frecuencia, que entonces era licito coger el oro puesto asi de manifiesto como una dádiva á la Divinidad. Tambien añade que posteriormente se destruyó dicha prohibicion, por lo que los mismos romanos minaron el monte para sacar el oro que encerraba. Sin dar entero crédito á este aserto, diremos que en la actualidad aparece perforada la cima del Pico Sagro, y cerrada esta abertura por entretrejidas malezas que impiden su exploracion.

umbrado por el sol de Escocia hubiera servido para embellecer las páginas del *Enano misterioso* ó de la *Dama del lago*! Al través de este tajo prodigioso pasa el humilde Ulla, y estrechándose allí su alveo, crece su corriente y el murmullo de sus aguas como si deseara traspasar luego aquel estrecho que amenaza unirse y detener su curso. Después, ufano con tal victoria, ensancha su cauce, mitiga su rapidez, cruza el sólido puente que lleva su nombre, y separándose en dos raudales, vuelve á juntarse más adelante, formando una vistosa isla que la naturaleza adornó con todas las galas de una vegetación lozana y variada. Hacia esta parte la vista divaga en una fértil llanura dividida por una cinta de plata, que se confunde culebreando con el lejano horizonte; elevanse aquí y allí numerosas casas de campo, rodeadas de frondosos jardines, en los que á la par de la silvestre y olorosa madre selva, alza su encendida corola la aristocrática é inodora reina de las flores. Por un lado cierran este paisaje las ondulantes copas de un bosque de encinas, y atravesando los rayos del sol poniente el tejido de sus hojas, parecen sus haces de luz mariposas de oro que se ciernen sobre un campo de esmeralda. Por el otro, el paso del Ulla en San Juan da Cova limita el horizonte, como si en sus paredes estuviera trazado un *non plus ultra* para el observador que vuelve hacia aquel punto su vista ávida de más bellezas. ¡Fenómeno sorprendente trazado quizás por la mano de Dios en el curso de muchos siglos!

Si acerca de su origen discurrimos un momento, la imaginación se pierde en conjeturas, presentándose como más culminantes las siguientes: ¿Será este prodigioso corte la obra de una generación atrevida, que se haya abierto paso al través de esa montaña, así como Annibal y Napoleon minaron los Alpes para trazar un camino á sus ejércitos? No hay motivos fundados para creerlo. La generación que eso hubiera ejecutado debía de estar fuera del dominio de la historia, puesto que esta nada cuenta de semejante hecho, y en las épocas que la historia no comprende, los hombres no conocían medios suficientes para practicar esa abertura al través de una roca cuarzosa, abertura que aun hoy día se resistiría al poderoso auxilio de la pólvora. Aun cuando esto pudiera verificarse en la época á que aludimos, no se concibe el objeto de tal empresa, y el único admisible sería el de suministrar un abundante riego al valle que hemos descrito, si su situación hidrográfica no le dispensase de cualquiera afluente.

¿Será, pues, este tajo colosal la consecuencia de un cataclismo geológico? El estudio del terreno que le rodea y constituye, viene a demostrarnos lo infundado de esta conjetura. No pensemos ni por asomo en esos sacudimientos terribles llamados terremotos, ajenos á ciertas latitudes y en cuyos efectos jamás se ve un hecho solo, aislado; un hecho que, como el que nos ocupa, aparezca como el sello de un tranquilo origen. Pudiéra ocurrírseme que el Ulla, á semejanza del Ródano, el Adige, el Lovén, el Ganguer y otros muchos ríos se hubiese perdido en algún tiempo bajo las crestas poderosas que hoy aparecen abiertas á su curso, y que el puente natural que las aguas habían formado haya cedido á su peso formando esa portentosa abertu-

ra. Pero no, porque en los ríos citados y en todos aquellos que se ha notado el accidente descrito, se ha visto que el terreno por ellos atravesado es generalmente calizo, nunca cuarzoso que, como hemos dicho, es el que constituye en su totalidad el Pico Sagro — y aun cuando este hecho quisiera ser una de las excepciones de regla, esta excepción estaría en abierta contradicción con los principios de la ciencia.

Aun cuando bajo estos dos puntos de vista negamos á las aguas del Ulla su influencia en el paso de su nombre, no podemos ménos de concedérsela bajo otro, el cual, en nuestra opinión, es el único que satisface todas las condiciones de ese misterioso problema. Este río debió en algún tiempo despeñarse desde la falda del Pico Sagro, formando una elevada cascada, cuyas aguas corroyendo su lecho, abrieron paulatinamente ese portentoso canal hasta nivelarse los dos alveos. Nada más probable que esta teoría confirmada por la estructura misma de las rocas adheridas á ambos cortes como otras tantas estaláctitas depositadas sobre un abismo; por la profunda ensenada que forma el río al traspasar el citado corte, que indica la acción corrosiva de una caída de agua en aquel punto, y por la ignorancia, en fin, del período de su formación. La marcha de los siglos trazó esa profunda sima, y el hombre no pudo fijar su principio ni su fin como no pueda el geólogo marcar los límites de las épocas en que se divi le el desarrollo de nuestro globo.

El paso del Ulla en San Juan da Cova no es el único ejemplo en España de esta abertura singular formada por la mano del tiempo: el Miño más abajo de Lugo, el Ebro en Mequinenza, el Tajo en Vilavella, el Duero en la raya de Portugal, el Guadiana en el Salto del Lobo, el Guadalquivir en la angostura de Bornos y otros varios, ofrecen perspectivas análogas en el fondo, pero diferentes en la forma. Al visitar el viajero esos lugares, le hará detener su marcha, en unos la belleza oriental de sus paisajes, en otros la majestad imponente desemejantes fenómenos, — y después de recorrerlos todos, cuando trate de pintarlos en su imaginación con los colores que le presente su fantasía, no podrá menos de exclamar con el poeta italiano:

per troppo var ar natura é bella.

JOSÉ RUA FIGUEROA

1850.

A BODARA.

Cuando la aurora riente
tiende sus rayos de oro
¿no escucha tu alma indolente
que el aura lleva un *te adoro*
al besar tu hermosa frente?

Pues ese *te adoro* amante
lo entrego al mar para tí,
el mar á la brisa errante,
y la brisa vá anhelante
á decírtelo por mí!

1860.

B. Vicetto.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

¡MEJOR VIDA!

I.

Iba á cumplir un voto que mi padre habia hecho por mí al tiempo de nacer.

Piadosa costumbre que nuestros antepasados respetaban con religioso entusiasmo, y que nosotros desatendemos, dando el nombre de preocupacion á esa accion de gracias que el hombre ofrece á la Divinidad, por haberle permitido salir de niño.

Me dirigia á la capilla de la virgen de las Ermitas, hermoso santuario edificado entre peñas, en un valle de los confines de Galicia y Leon.

Varias veces me habia apeado de mi caballo, al pasar por el valle de Quiroga, para gozar de la sombra de los olivos, para robar su fruta á los madroñeros, ó para aspirar el aroma de las jaras y los tomillos.

Se acercaba la noche, al tiempo que bajaba por el sendero de un monte, por cuya falda se arrastra el Sil como una serpiente irritada; en frente elevabase magestuoso aunque descarnado, otro monte, que tenia que atravesar al día siguiente.

Entre estos dos, formando uno de los lados del valle, otro pequeño, coronado con las ruinas de un castillo, cierra el paso al rio, que impetuoso socaba sus cimientos y desaparece en su seno.

Este montecillo por cuya cima pasa el camino, sirviendo de puente, se llama por esta particularidad Monte-furado.

Cuando llegué al valle era de noche.

En medio del profundo silencio solo se percibia el coro que forman las aguas, al romperse en diferentes sitios sobre las peñas, remediando pequeñas caídas.

Me dieron hospedaje en una casa de piedras denegridas, que brillaban como azabaches al caer sobre ellas los rayos de la luna.

Ninguna comodidad ofrecia aquella pobre casa, compuesta únicamente de una habitacion superior, cuyo piso era de tablas sueltas y como dejadas al acaso sobre las vigas, y de otra inferior en donde estaba el hogar, y en la cual habia dos divisiones de pizarra. Una de ellas encerraba algunas ovejas, y por encima de la otra acomodaba la cabeza una vaca, que hinchaba las narices como para conocerme, sin dejar por eso de rumiarse. Aquella noche las mansas ovejas dejaron, baltando, su pequeño aposento, que pasó á ocupar mi caballo, y fueron trasladadas á un corral inmediato.

Aunque no hacia frio, me senté al lado del hogar, porque este únicamente era el que prestaba luz, con el poco fuego que se necesita para hacer hervir un puchero con berza y patatas.

Una madre en compañía de dos hijas habitaban aquella casa.

La madre era de cincuenta años; su fisonomía revelaba los padecimientos, cuanto pueden conocerse al través de una cutis, que siendo por naturaleza blanca y trasparente, está tostada y marchita por el sol y por el viento.

Las dos niñas, una de catorce y otra de diez y seis años, no se parecian en nada. Eran dos tipos completamente opuestos.

La primera se llamaba María, y la segunda Eulalia.

María pequeña, blanca y rubia, con ojos azules, era tan tímida, que apenas se atrevia á levantarlos del suelo para fijarlos en la rueda en que estaba hi-

lando; por el contrario Eulalia, con tez de un moreno bronceado, ojos negros y rasgados, cabellos duros y brillantes, y con un tallo flexible y elegante, aun al través de su mezquino traje, estaba en continuo movimiento, ya echando leña al fuego, ya haciendo retirar la cabeza á la vaca, que á veces amenazaba besarnos, ya llevando yerba á mi caballo: todo lo miraba, á todo atendía y en la fijeza de su mirada denotaba poseer un corazon varonil. Sobre el labio superior, delgado y de un rojo vivo finísimo, tenia un lunar de esos que en nada se parecen á una mancha.

Pregunté á la madre si no tenia más que aquellas dos hijas, y se echó á llorar. Un momento despues me contó: hace dos meses, señor, que he perdido un hijo de veintidos años, que era el que desempeñaba el trabajo que exigen las tierras que llevo en arriendo, y que por mi sola con estas dos niñas no puedo cultivar: pero por mí, señor, lo que más siento es que murió *enmeigado* (1), y volvió á llorar de nuevo.

Acababa yo de pasar entonces de la niñez á la juventud, pero mi corazon era todavia niño. Oí con una especie de terror las palabras de aquella muger; luego, impulsado por una irresistible curiosidad la supliqué me enterase de las causas de la muerte de su hijo.

—Hace doce años, me dijo, quedé viuda; el señor, dueño de este lugar, compadecido de verme con tres criaturas y que no podia trabajar todas las tierras que llevaba mi marido, convino en arrendar á otros una parte, dejándome solo, con muy pequeña renta, lo bastante para vivir, y dándome palabra de que cuando mi hijo fuera hombre volveria á arrendarme el lugar por completo. Dios se lo pague.

Mi hijo entonces tenia diez años. Mientras yo trabajaba en casa, él iba al rio á buscar entre la arena alguna cantidad de oro (2), y aunque producía poco, siempre ayudaba á cubrir nuestros gastos.

Fueron creciendo mis hijos, y cuando á Eulalia le tocó tener diez años, ella iba al rio, y mi hijo, que entonces tenia diez y seis, me ayudaba á trabajar las tierras.

Mi hijo era el mozo más completo de estos contornos.

En las romerías, y los domingos despues de misa, *parrafeaba* (3) con la sobrina del Sr. Cura, hácia la cual sentia inclinacion, en competencia con el hijo de una vecina, la Mari-Juana. Eso fué en parráfear; porque Mari-Juana es bruja.

¡Ay! Señor, aquí hay muchas brujas, que todas las noches se reúnen en la cueva de la Cabrera, ó en la bodega del castillo de Monte-furado. Allí celebran sus concilios, y decretan la perdicion de aquellos á quienes aborrecen, á los que matan, envenenándoles con unturas ó vapores mientras duermen, ó haciéndoles *mal de ojo*.

Mi hijo era ya hombre y volvíamos á ser ricos y felices, en medio de nuestra pobreza. Trabajaba con ardor, para que su querida, cuando llegase á ser su muger, no tuviese nada que ambicionar de las otras casas del pueblo.

Al anocheecer de un día en que habia trabajado mucho, se fué al rio junto á su hermana Eulalia, á ayudarla á recoger la arena, y encontró una de esas piedras que encierran una cantidad bastante grande de oro, y se hallan pocas veces.

Salió del rio, dando saltos en la orilla, al parti-

(1) *Meiga* en el dialecto gallego significa bruja, y por consiguiente «*enmeigado*» es lo mismo que embrujado.

(2) Ocupacion á que se dedican generalmente en aquel pais, llevando el nombre de «*aureanos*».

(3) «*Parráfear*» es verbo que se usa en Galicia en vez de «*requerbrar* ó *galantear*».

cipar á los demás aureanos la fortuna que habia tenido.

En aquel momento pasaba por allí la bruja Mari-Juana con sus vacas.

La envidia y la rabia se apoderaron de ella. Hizo una raya en el suelo con la ahijada que llevaba en la mano, echó una maldición y un conjuro, y mi pobre hijo quedó enmeigado.

En el momento empezó á toser y á arrojar sangre por la boca.

Desde entonces una tós violenta siguió y un enflaquecimiento continuo, hasta que no tuvo fuerzas para andar.

El único facultativo que hay en estos contornos es un viejo cirujano *sin título*, que vive á legua y media. Vino á ver á mi hijo, y dijo que su enfermedad era... no me acuerdo qué, pero lo que oí perfectamente fué que se moría sin remedio.

Una noche mi hijo estaba sentado en ese rincón: la cama le incomodaba; empezaron á sentirse ruidos extraños en la chimenea, y mientras yo miraba hácia arriba sin divisar nada, mi hijo derramó dos lágrimas y espiró.

¡Pobre hijo mio!

Eran las brujas que iban al concilio, despues de haber presenciado la muerte de su victima.

¡Caiga sobre ellas la maldicion del Señor!

II.

La pobre madre y la niña Maria lloraban amargamente; Eulalia, con los ojos fijos en el rincón donde habia muerto su hermano, padecía, pero no lloraba.

Traté de consolarlas, pero pocos consuelos pueden prestarse á una madre que llora á su hijo.

Una hora despues estaba yo acostado sobre un haz de paja en el piso superior, revolviendo en mi mente una porcion de ideas contradictorias.

Luchaba con el mundo de la verdad, en que empezaba á entrar, y con las ilusiones y preocupaciones de la niñez que tenia que ir dejando.

Esos cuentos fantásticos, esas tradiciones absurdas pero poéticas, que hallan fácil acogida en el corazón y en el alma cuando están vírgenes, mueren destrozadas por el peso de la verdad, en el desarrollo de la inteligencia.

Así se conservan intactas en las gentes del campo al través de las épocas de la vida, porque no muriendo por sí sola la propension á lo maravilloso, de la cual necesitamos más ó ménos, nadie llegó á decirles, que una parte de sus tradiciones eran mentira, y que otra parte, siendo verdadera, no tiene el origen que ellos le atribuyen, para lo cual sería preciso convencerles de lo mucho que puede abarcar en el mundo real el entendimiento humano.

El origen de los pueblos, la clase de sus razas, su historia y sus costumbres influyen más ó ménos en esa excitacion de la imaginacion, compañera inseparable de una especie de parálisis del entendimiento que nos conduce á atribuir á causas sobrenaturales, todo lo que á primera vista no comprendemos, todo lo que se separa en algo de lo que acostumbramos á ver.

Galicia, objeto de diferentes dominaciones, poblada por diferentes razas, más ó ménos civilizadas, que dejaron escrita con piedra una parte de su historia, con diferentes religiones, con diversas legislaciones que cada cual defendia como cosa propia, formando despues un pueblo, una raza, una religion, conserva recuerdos y tradiciones de todas.

En el país en donde me hallaba hay el monte horadado por los romanos para dar paso al río, con el objeto de aprovecharse de la mina de oro, que

en su antigua madre suponian, ó para aprovechar terrenos que solo con el nuevo curso serian útiles.

Hay tambien castillos de diferentes épocas. Hay subterráneos con galerías en diferentes direcciones, cortadas por escombros. Hay castros, especie de fortificaciones que marcan la existencia de una raza en el país; hay, en fin, restos de obras que, aunque humanas, no son comprendidas por el hombre actual.

Para el sencillo labrador, acostumbrado á mirar como un acontecimiento la construccion de una miserable cabaña, le causa espanto el pensar que sea obra de los hombres el abrir paso á un río por debajo de un monte; mientras que el que ha cruzado en coche de vapor esos inmensos túneles, construídos por sus semejantes en pocos años, desprecia las obras antiguas por su sencillez y mezquindad.

Esas cuevas, que causan espanto á los pastores, y en las cuales no se atreven á abrigarse de las tormentas por temor de que los asalten en tropel los tragos y fantasmas, que suponen las habitas, no las considera el viajero instruído sino como caminos abiertos por la ambicion en la exploracion de minas.

Para que en la generalidad de Galicia se conserve arraigadas esas preocupaciones, que aun entre la clase agricultora, han cedido poco á poco en otras partes á impulso del tiempo y del carácter de la época, contribuye extraordinariamente la falta de comunicaciones, que retrae á nuestros labradores del trato general, y les hace que pasen su vida sin conocer más tierra que la que cultivan.

Estas y otras ideas semejantes se presentaban á mi entendimiento, cuando vino á distraerme la voz de Eulalia, que, al tiempo de volver del corral, cantaba una de esas cántigas tristes y sentimentales del país, para las cuales se presta tan bien nuestro dialecto. Las caídas de voz, en que consiste su mayor mérito, y á las que daba aquella niña una vibracion particular, resonaban en mi corazón, excitando una melancolía tan profunda que la música solo la produjo igual en mi otra vez, al oír, en la catedral de Santiago, el incomparable *miserere* de Doyagüe.

¡Pobre niña! precioso pedazo de oro, escondido entre piedras, dejado por el río en la orilla en una de sus avenidas, y que solo espera otra que la sepulte en lo más profundo del cauce para no volver á salir jamás!

Al amanecer monté á caballo,—y al cuarto de hora empezaba á subir la cuesta de la Cabrera.

No sé por qué volvía con frecuencia la cabeza á mi hospedaje de una noche. Mi vista se fijaba en mi pobre posada, y al mismo tiempo metía las espuelas en los hijares del caballo.

Cuando, despues de doblar la punta del monte, no pude ver más que el mismo monte por donde caminaba, se me oprimió el corazón de tal manera que no podía respirar.

¿Qué era lo que sentía? No he podido explicármelo entonces, ni querré explicármelo jamás.

III.

Cuatro años despues me paseaba una mañana sobre la cubierta del vapor que hacia la travesía de la Coruña al Ferrol.

Los pasajeros de proa, que eran la mayor parte marineros y soldados, iban en broma y algazara, porque entre ellos habia algunas pasajeras, y la mar estaba tan en calma, que aquel día parece se habia empeñado en burlar el terror que se tiene á la *Marola*.

Al dar una vuelta fijé mis ojos en una de las pasajeras que estaba sentada sobre una ancla. La

miré largo rato, según la alcanzaba de perfil, porque era muy hermosa. Cuando, á la segunda vuelta, pude mirarla otra vez, me detuve más, porque aquella fisonomía escitaba en mi algún recuerdo.

Por más que reunía en mi memoria las ideas pasadas, me era imposible coordinarlas de modo que fijasen mi recuerdo de una manera segura.

Habia ya desconfiado de conocerla, cuando uno de los soldados cogió una guitarra y arañando sus cuerdas, formó rústicos arpeggios que parecían el acompañamiento de una canción.

Una voz de mujer la empezó en breve.

Aquella voz resolvió todas mis dudas.

Levanté la clavija que separa la popa de pros, y me coloqué en frente de la mujer sentada en el ancla, que era la que cantaba.

Tenia un lunar en el labio superior. Era Eulalia.

¿Cómo había de acertar antes con su recuerdo si yo no la buscaba en el valle solitario, en las orillas del río, y en la casa miserable y denegrida, como la virgen que se presenta en un ensueño, sino en las grandes poblaciones, en los barrios del ruido y del estruendo, en los dominios de la seducción?

Al desembarcar en el muelle del Ferrol la pregunté:

—¿Me conoce V.?

Y mirándome con descaro me contestó:

—No señor.

—¿Cómo se llama V.?

—Antonia.

¡Cuánto me ofendió el que no me conociera, y qué dolor me causó aquella variación de nombre que no me dejaba duda de lo que antes había temido!

Ya no pude tratarla como hubiera deseado.

—Te conozco perfectamente, la dije, solo deseo saber cómo te has aquí y qué se hicieron tu pobre madre y la cándida María.

—¿Pues quién es V.?

A esas palabras hice que me recordase ó que adivinase mi recuerdo.

—Mi madre murió; mi hermana se quedó en el pueblo, sirviendo de criada: la tonta vive contenta, trabajando allí para otros como una negra; yo busqué mejor vida, y me marché con un ciego, cantando coplas por las romerías á compás de su violín. Fui á divertirme de ciudad en ciudad; cuando me pareció me separé de él y desde entonces... ando por ahí.

—¿Y quién te hizo nacer deseos de salir del país en donde habías nacido?

—Un pasajero como V. que me contó lo que pasaba en las ciudades: yo no nací para vivir en la miseria.

—¡Ay! si ese pasajero iba como yo á cumplir un voto religioso, mejor le hubiera perdonado Dios el que faltara á su voto, que el mal que hizo en su camino...

Conocí que mis consejos no harían á Antonia que volviese á ser Eulalia, y así me despedí de ella, diciéndola solamente:

—Quiera el cielo que no te encuentre el día en que, reconociendo tu miseria, llores por el tiempo en que tiritabas de frío, al buscar en el Sil las arenas de oro.

IV.

Dios no oyó mi plegaria.

Al atravesar, pocos años después, la Quintana de Santiago, entre las voces de las varias mujeres que demandaban la caridad de los transeúntes, publicando su degradación, distinguí claramente una de ellas, á pesar de estar flaca y defigurada, y de haber perdido su plateada voz.

Los ojos de aquella mujer no tenían brillo, su tez no tenía color, y aquel lunar que adornaba antes su labio, había desaparecido, de la misma manera que desaparece del metal bruñido el dibujo á que tocó un ácido corrosivo.

Le arrojé mi bolsillo sin volver á mirarla; pero sentí que lloraba al decirme: «Dios se lo pague.»

M. VAZQUEZ PARGA

ALMAS Y AVES.

Cazador, si al campo sales
y ves en la selva umbría
aves que entonan al día
tiernas cántigas de amor;
sabe, de hoy más que sus trinos
guardan misterioso encanto:
muévate á piedad su canto:
no las mates, cazador.

Diz que cuando deja un alma
del cuerpo humano la escoria
y en demanda de la gloria
vaga por el cielo azul;
siempre hay inocentes aves
qué, al éter sus alas dando,
van á las almas guiando
por el trasparente tul.

Y diz que llegan al límite
del aire que al globo envuelve,
y diz que el ave se vuelve,
y diz que el alma se vá;
pero el inmortal espíritu
cuando despide al liel guía,
a su dulce pecho fia
penas y dichas de acá.

Y en medio el espacio inmenso,
con aquella voz postrera
bebe el ave vocinglera
su futura inspiración:
parte, y en bosques y jaulas
brota raudal armonioso,
de aquel secreto precioso
sublime interpretación.

Por esto, si al campo sales,
y ves en la selva umbría,
aves que entonan al día
tiernas cántigas de amor;
sabe, de hoy más, que sus trinos
guardan misterioso encanto:
piedad, pues, para su canto:
no las mates, cazador.

FEDERICO DE LA PEÑA IBAÑEZ.

SEMBLANZAS GALAICAS CONTEMPORÁNEAS.

DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Nació en Vivero el 15 de setiembre de 1811—

y fueron sus padres don Antonio Diaz y doña Maria Corbelle.—por lo que nuestro difunto amigo debía llamarse no Nicomedes Pastor Diaz, sino Nicomedes Diaz y Corbelle. ¿Por qué hizo de su segundo nombre de pila (Pastor) casi su apellido y excluyó el de su madre idolatrada? He ahí un misterio impenetrable para nosotros. Tal vez nuestro querido amigo, en su mision de poetizarlo todo, poetizó hasta su nombre;—licencia poética como otra cualquiera, si bien tiene la desventaja del mal gusto que le impulsó á sacrificar el sentimiento filial por una sonoridad simplemente pueril.

Las delicadas y encantadoras poesias del Sr. Diaz y Corbelle, indudablemente se hubieran difundido y eternizado en el pais, si él las hubiera localizado; pero por desgracia nuestra no hay un canto suyo que hable de Galicia, ya ensalzando sus frescos y floridos valles, ya los triunfos y las glorias pátrias; ya las cosas, ya las personas:—de aquí que sus baladas, riantes de ternura y melancolía, no sean conocidas en el pais, ni aunque se publiquen en él prevalecerán. Nada hay en ellas de Galicia, nada; solo el sentimiento. Como si Galicia fuera antipoética para él, al cantar al mar que con sus *tumbos* arrulló su infancia, tituló á la composicion *La Sirena del Norte*, no la Sirena Galaica; si bien la terminacion sonorísima de esta balada, nos habla á todos los gallegos de nuestras playas queridas, intimamente, pues solo un corazón gallego puede responder con sus latidos á la vibracion armónica y esquisita de estas palabras:

«No mas oí de la gentil sirena
el concierto divino,
sinó el tumbo del mar sobre la arena
y el bronco son del caracol marino.»

Por no nombrar á Galicia en su balada *Mi inspiracion*, la empieza así:

«Cuando hice resonar mi voz primera
fué en una noche tormentosa y fria,
un peñon de la cántabra ribera
de asiento me servia.»

En sus novelas se echa de ménos esa misma falta de cariñosa é íntima correspondencia con su pátria, pues pasando la accion en Galicia, para nada la nombra, ni sus pueblos, ni sus rios, ni sus valles, ni sus montañas, ni sus marinas. Ha llevado esto tan al extremo, que en vez de titular una novela *De Villahermosa á Galicia*, la tituló *De Villahermosa á la China*. A esa falta, pues, de colorido local en sus inspiraciones atribuimos nosotros su impopularidad en el pais, cuando en nuestro concepto debió ser nuestro querido poeta galaico el más popular de todos. ¿Qué medió entre el Sr. Diaz y Corbelle y Galicia, para que de este modo fatal el hijo menospreciara tanto á su pátria? Cuando en 1846 vino desde Madrid á Galicia accidentalmente ¿no le obsequió el Liceo artistico y literario de la Coruña con una funcion extraordinaria en honor suyo?—Nosotros le hemos reprochado cariñosamente esta especie de ingratitude, y en sus respuestas evasivas hemos creído vislumbrar, aunque muy tenuemente, que el re-

sentimiento obedecia á las incidencias de la política.—¡Ah, desventurada y carcomida política!... Con razon decia Goethe: «preservaos de toda influencia política, si quereis permanecer poetas.»

Tal es la impreson que, á pesar de sus bellisimas inspiraciones, nos ha dejado como poeta Diaz y Corbelle,—la de un genio galaico cerniéndose en las alturas, sin fijar la planta en nuestras rocas: para nosotros, tenia la cabeza en el cielo, pero los piés en la atmósfera, no en nuestro pais: para nosotros, en fin, brilló como uno de esos fanales que arrojan torrentes de luz á lo lejos, y no iluminan la playa en que se levantan!

Perfilar ahora al Sr. Diaz y Corbelle como actor en la representacion de la comedia ó farsa de la política, no nos es dado en esta semblanza:—además de que él mismo nos dijo en el brillantísimo discurso que pronunció en el Liceo de la Coruña: «que de los poetas que absorbe la política en su balumba, nada queda de ellos sino la fase literaria, por más que un Milton haya sido secretario de un Cronwell, el mayor revolucionario del mundo moderno.»

A propósito de esto,—recordamos y copiamos, lo que el mismo Diaz y Corbelle nos escribia amigablemente en 29 de octubre de 1858, al felicitarle por haber sido nombrado *por segunda vez* ministro de la Corona:—«Acostumbrado ya á tantas alternativas de política—palabras testuales,—y á tantas vicisitudes de la suerte, puede V. creer, que miro con impasible indiferencia todo lo que el mundo más ambiciona, que ni lo que llama caídas y reveses me abaten, ni lo que tiene por prosperidad me alhaga y lisonjea. Sé lo que es quitarme y ponerme los trajes (de ministro) con que representamos el papel de esta comedia (la política), y cualquiera que me ponga mientras dura la pieza, me voy luego á la cama ó con el mismo sueño si estoy bueno, ó con el mismo desvelo si tengo un dolor y un cuidado.»—En estas palabras, él mismo nos talló su busto ó su semblanza política, fotografiando á la vez una semblanza general.

Nuestro querido poeta galaico falleció el 22 de marzo de 1865. En las baladas suyas que insertaremos en esta revista, verán nuestros lectores la dulce melancolía, la mágica ternura de su alma.

B. Vicetto.

EL MARINO EN EL BAILE.

Aunque á fuer de buen marino
me huele la tierra mal,
hice este año el desatino
de ir á un baile en Carnaval,
Muy pocas horas consagro,
á semejante funcion,
y solo por un milagro
se me encuentra en un salon.
Pero al fin héme ya en él,
y antes de hacerme á la mar,
me detuve en el dintel
de aquel salon para entrar,

Y componiéndome el frac
y el chaleco comme' il faut,
puse bajo el brazo el clac
y entré en el baile de cló.

Al punto me arrolla el viento,
y sufro un tropel atroz,
un empuje á sotavento
á barlovento una coz.

Y mientras el salon surco,
y la gente me arrebatá,
ya veo á babor un turco
que hace el oso á una beata,

Ya á un abate que se esponja
al hablar con su vecina;
por estribor una monja
con un cabo de marina.

Y así anda que te anda,
cruzando todo el salon,
fui á meterme en una tanda
de wals ó de rigodon.

Me tropieza una pareja
se enreda, pierde el compás,
me da un empellon y... zás...
encallé con una vieja.

Ella al peso que la topa
opone poca firmeza,
va al suelo, y yo de cabeza
contra su alcázar de popa.

Ay qué obesa! que me emplumen,
si no anduvo errado Dios
en poner en un volúmen
lo que sobra para dos.

En ninguna parte he visto
fragatas más abultadas,
que era barco, voto á Cristo,
de ochocientas toneladas.

Si por vapor navegára,
y no exagero en mis fallos,
las fuerzas necesitara,
de setecientos caballos.

Y cuando ni un solo hueso
me dejó, sin avería,
no paró aquí, que amen de eso,
que era un grosero decía.

Mas no por eso me atasco,
y aferrando el aparejo,
me pongo á la capa y dejo
que se descargue el chubasco.

Recobrado de aquel tumbo,
nada á sus dichos respondo;
y tomando nuevo rumbo
en una silla di fondo.

Pero cuando á descansar,
empezaba un poco en ella,
vi ante mis ojos pasar
una muger ¡más qué bella!

Pése a la negra careta,
la tal mascarita era
más linda que una goleta
más que un esquife ligera.

No se encontraría, en fin,
otra más bella en Europa:
era un ángel, por la popa,
por la proa un serafín.

Yo que la estaba mirando
en su hermosura estasiado,
sin saber cómo, ni cuándo,

al punto me hallé á su lado.

—¿Quiéres, máscara, la dije,
bailar? dichoso me hicieras,
¿wals ó rigodon? elige.

—Bailaré lo que tu quieras.

—El rigodon.—¡Oh graciosa!
Tú calmas mi pena acerba,
cójete del brazo, hermosa,
naveguemos en conserva.

—Gracias.—Por tu amor me muero.

—¡Tan pronto! eso es admirable!

—Mira, máscara te quiero
raás que á un viento favorable.

—Que mientes se me figura.

—Pues si estoy hecho un arropo,
al admirar tu hermosura
desde la quilla hasta el tope.

—Tu amor me pasma en verdad.

—¿Y no quieres que claudique,
cuando tu talle es capaz...
de echar un navio á pique!

—Por cierto que estás galan.

—Mas calma mi pena fiera,
toma un rizo al tafetan,
vea la boca siquiera.

—No puede ser—¡Por qué no!

—Ciertos motivos.—¡Ingrata!

¡No ves que te quiero yo,
y que tu desdén me mata!

Mas por mucho que rogué
mi dicha no fué completa
pues al cabo no alcancé
se quitase la careta.

Y de terquedad tan rara
ciertas dudas concebí:

¿Si será fea su cara?

exclamaba yo entre mi.

Tan fatal presentimiento
por desgracia se cumplió.
y en un punto, en un momento
mi dulce ilusión huyó.

Pues al ir dando una vuelta
por el confuso salon,
la caréta se le suelta,
merced á un buen empellon.

¡Por san Teimo! ¿Quién diría
que un cuerpo tan elegante
y tan esbelto, tendría
tan horroroso semblante?

El describíroslo dejo,
pues cosa difícil es;
era, en fin, un casco viejo.
¡Qué nariz! vaya un bauprés!

Y cuando mi ánima estaba
de hiel y de rabia llena,
todo el mundo allí me daba,
por burla, la enhorabuena.

Crece la gresca y la risa;
mas no dudo, sin embargo,
y alzando velas á prisa,
me hice á la mar en un largo.

Y cuando me encontré fuera
de aquel salon turbulento,
híce promesa sincera
y solemne juramento,
de morir mejor en Fez
ó en un rudo temporal,

antes que ir otra vez
á un baile de Carnaval.

JOSÉ PUENTE Y BRAÑAS.

BALADAS DEL GÉNESIS.

I.

La vergüenza.

El Señor puso á Adán en el Paraiso para que lo labrase y guardase.

Y le dijo:

—De todo árbol del Paraiso comerás, pero del árbol de la ciencia, del bien y del mal, y del árbol de la vida, árboles que están en medio de todos, no comas.

Le dijo más:

—No estarás solo, te daré una compañera.

Y formó á Eva.

Adán y Eva vivían en el Paraiso desnudos, y no se avergonzaban de verse así.

Pero la serpiente era más astuta que todos los animales de la tierra que había hecho el Señor.

Y la serpiente dijo á Eva:

—¿Por qué mandó Dios que no comieses de todo árbol del Paraiso?

Eva le contestó:

—De la fruta de los árboles que hay en el Paraiso, comemos; pero de la fruta de dos árboles que mandó Dios que no comiéramos, no; pues si comiéramos, moriríamos.

—¿Qué error! dijo la serpiente, por comer de la fruta de esos árboles no moriríais; al contrario, se abrirían vuestros ojos y seríais como Dios, pues conoceríais el bien y el mal y alcanzaríais la eternidad que él.

Eva miró á uno de los árboles, el del bien y el del mal; vió que la fruta era buena para comer, y hermosa á los ojos, y tomó, y comió,—y corriendo á donde estaba Adán, le dió de comer á él.

Y fueron abiertos los ojos de entrambos, y entonces echaron de ver que estaban desnudos, cubriéndose con sus manos.

No bastándoles aun esto, ambos se desviaron y se cubrieron con hojas de higuera.

No bastándoles aun esto, para ocultar la vergüenza que sentían al verse desnudos, se acogieron á la frondosidad del árbol de la vida, volviéndose los rostros uno contra otro.

Entonces resonó una voz sobrenatural que les conmovió profundamente.

—¿Adán! dijo la voz.

Pero Adán, pálido y tembloroso, no contestó al oírlo.

—Adán ¿dónde estás? volvió á decir aquella voz, que era la del Señor.

Adán no pudo menos de contestar:

—Aquí estoy, Señor.

—¿Por qué no has respondido á mi primer llamamiento? le preguntó Dios.

—Oí tu voz en el Paraiso, contestó Adán, y no respondí, porque me dió vergüenza de que me vieras desnudo.

Y el Señor le preguntó:

—¿Quién te dijo que estabas desnudo, sino el haber comido fruta de uno de los árboles que te dije que no comieras?

—La mujer que me diste por compañera, contestó Adán, me dió de ese árbol, y comí.

El Señor se volvió entonces hácia Eva, y le dijo:

—¿Por qué has hecho esto?

Eva respondió:

—La serpiente me engañó, y comí.

El Señor se volvió hácia la serpiente, y le dijo:

—Ya que has tentado á Eva, maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra; sobre tu pecho andarás, y tierra comerás todos los días de tu vida. Enemistades pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje; ella quebrantará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas á su calcañar.

El Señor volvióse á Eva, y la dijo:

—Multiplicaré tus dolores, y tus preñeces: con dolor parirás los hijos, y estarás bajo la potestad de tu marido, y él tendrá dominio sobre ti.

El Señor volvióse enseguida á Adán, y le dijo:

—Por cuanto oíste la voz de tu mujer, y comiste de uno de los dos árboles de que te había prohibido que comieras; maldita será la tierra en tu obra; con afanes comerás de ella todos los días de tu vida; espinas y abrojos te producirá; y comerás la yerba que produzca. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas al polvo, de que fuiste formado, porque polvo eres y en polvo te convertirás.

Adán y Eva, al oír esta sentencia del Señor, inclinaron sus rostros al suelo.

—Salid de aquí, les dijo Dios, y sufrid la pena de haberme desobedecido.

Pero ellos no se movían de vergüenza, al verse desnudos.

El Señor les dió entonces unas túnicas de pieles, para que se cubrieran las carnes; y ambos salieron del Paraiso.

B. VICETTO.

(Se continuará.)

AL MARISCAL

PEDRO PARDO DE CELA.

SONETO

dedicado al Sr. D. Benito Vicetto, autor de los
Hidalges de Monforte.

Cañida de ciprés mi torpe lira
exhala melancólicos sonidos:
tristes como los últimos gemidos
del guerrero infeliz que los inspira.

A su recuerdo el corazón suspira
y suspende indeciso sus latidos,
y asoman á los ojos encendidos
lágrimas de dolor, hambrientas de ira.

Vendiéronle y compráronle traidores,
y de la guerra en la infernal balumba
como bueno acabó! Presten las flores
perfume al viento que en su credo zumba,
himnos de honor los viejos trovadores,
paz y descanso su olvidada tumba.

MANUEL MURGUIA.

GALICIA GEOLOGICA.

Tierra en general.—Terrenos geológicos: terrenos primitivos: terrenos secundarios: terrenos de transición: terrenos terciarios: terrenos de acarreo: terrenos volcánicos.—Suelo y subsuelo.—Tierras, básicas.

I.

TIERRA EN GENERAL.

Tierra en general se llama al planeta que habitamos, planeta que gira cada año en torno del sol, bajo la forma de un globo achatado 4,305 en dos puntos opuestos, que son sus polos N. y S., extremos del ege ideal sobre que da una vuelta cada día.

Esta forma corresponde exactamente a un estado de fluidez primitiva ígnea o acuosa, demostrable por la constitución misma del globo terrestre en capas, dispuestas en el orden de su pesadez alrededor de un centro, en el que los materiales mas pesados se creen todavía en fusión, a virtud de un calor vehementísimo.

La capa mas ligera y mas exterior de nuestro planeta es la atmosfera, cuya sustancia principal el aire, considerado seco y a la presión ordinaria, es ochocientas veces mas ligero que el agua.

El agua, en su estado líquido, cubriendo casi las tres cuartas partes de la tierra, representa la segunda capa. En estado de vapor se disuelve y degrada en el aire, como a su vez las sustancias solubles de la superficie terrestre, que es la segunda capa, se diluyen en el agua, y las capas sucesivas se mezclan unas con otras.

Los vegetales por sus relaciones pertenecen a estas tres capas primeras, dependen esencialmente de la tierra superficial, del agua y del aire.

Las otras capas hasta el centro de la tierra son de diversos minerales sólidos, que forman en torno del material todavía líquido una costra hasta de quince leguas segun se cree, la cual se hace mayor en cada siglo que pasa, por el enfriamiento y la solidificación de nuevas capas interiores.

A la superficie esterna de la costra terrestre se la ve presentar formas variadas, ora planos horizontales o inclinados, ora peñascos escabrosos, ora montañas cuyas masas se agrupan al rededor de su mas alta cumbre ó bien se extienden en líneas longitudinales, ó *cadenas*, compuestas de eslabones paralelos entre sí, cada vez mas bajos, y por lo regular sostenidos a los lados por estribos perpendiculares.

Las cimas de las montañas ó son crestas dentadas, que les hacen tomar el nombre de sierras, ó son espaciosas mesetas de las que, por vertientes de distinta inclinación, caen continuamente las aguas absorbidas de la atmósfera. Estas mesetas están frecuentemente interrumpidas por escotaduras, principio de otra cima ó de otro escalon, y paso de una vertiente a la opuesta, lo que distribuye el terreno en cañadas y lomas de diferente altura.

Entre cada dos cadenas paralelas existen, bajo la apariencia de escavaciones, prolongados valles que reciben otros secundarios, debidos a las depresiones que separan los eslabones de cada cadena.

Otras veces el grupo de montañas, estendido a manera de herradura, cerca una escavacion central un valle en concha estriado por los estribos que nacen de la masa principal.

Las mesetas, las lomas, las cañadas, los valles de todas clases, las cuencas que las montañas dividen y las mismas crestas que son sus límites, proporcionan a la Agricultura todos los terrenos sujetos al cultivo.

II

TERRENOS GEOLÓGICOS.

Estos terrenos se componen: ya de masas minerales, llamadas rocas, distintas en naturaleza y estructura, y de mayor ó menor tamaño, enlazadas entre sí descubiertas en muchos parages; ya de una capa ó mas de pedacillos de estas mismas rocas, ó de otras próximas ó apartadas, mezclados sin alteracion alguna ó hasta cierto grado descompuestos, y unidos a residuos vegetales y animales.

Concurren principalmente a formar las rocas, como bases mas simples: el hierro en varios estados, el *manganeso* oxidado, el carbono, la cal, la *silice* elemento ácido del blanco cuarzo y del duro perdernal, la *alumina*, principio del barro que da la masa para la loza comun, la *magnesia* engendradora de las piedras untuosas como el jabon, la *potasa* sustancia alcalina de las cenizas de las plantas maritimas. Si estas sustancias forman rocas solas, serán rocas simples.

Como bases compuestas entran, solas ó con las anteriores, en las rocas compuestas, el *feldespató*, la *mica*, el *amphibol*, la *piroxena* y el *talco*, sustancias formadas de bases simples en cierto número, pero no en invariables cantidades, pues estas y lo mismo las sustancias accesorias se modifican por las circunstancias.

El feldespató es una piedra compacta, dura, que dá chispas con el eslabon, insoluble en los ácidos, fusible al soplete, en su estado ordinario, en esmalte blanco, con fractura hojosa en dos direcciones, de peso específico entre 2,39 a 2,58 y materia principal de la porcelana. Se compone de silice 64, alumina 20, potasa ó sosa 14 y cal 2, de consiguiente es un verdadero *silicato de alumina y potasa ó sosa con cal*.

La mica, piedra con brillo vídioso nacarado, divisible fácilmente en hojuelas transparentes, hasta un grado extremo; se compone por lo comun de silice 47, alumina 20, hierro 16, potasa 15, y a veces tiene magnesia y manganeso; es por lo mismo un *silicato de alumina y de hierro con potasa*.

El *amphiol*, de peso específico de 2,9 a 3,35 segun sus variedades, ya blanco ó verdusco, ya negro ó verde oscuro, fusible al soplete en vidrio negro inatacable por los ácidos, con olor arcilloso respirando sobre él, está compuesto de silice 42, hierro 32, alumina 12, cal 11, con magnesia a veces y de consiguiente es un *silicato de hierro y alumina con cal*.

La *piroxena* de peso específico de 3,10 a 3,34, de color verdusco ó negro es un compuesto de silice 50, cal 24, hierro 10, magnesia 10 con alumina y manganeso en ocasiones, por lo que puede tenerse como *silicato de cal y hierro con magnesia*.

El talco, en fin, es escamoso, como grasiento al tacto, muy blando, y deja por el frote un polvo blanquizado untuoso. Se compone de silice 62, magnesia 27, hierro 5 y alguna alumina, lo que le hace un *silicato de magnesia y hierro*.

Las capas minerales que ofrecen la misma estructura, indicando en ella la misma época de formación, se consideran pertenecientes a una sola especie de terreno geológico, y si no se tienen en cuenta las influencias modificadoras, á una misma especie de terreno agrícola.

III.

TERRENOS PRIMITIVOS.

Las rocas de formación mas antigua constituyen estos terrenos, que produjo una cristalización brusca, estando los materiales líquidos por el fuego ó por el agua; así se los llama tambien *terrenos de cristalización*.

Las rocas primitivas, verticales ó poco inclinadas, no contienen restos vegetales ni animales, y si metales en particillas, en nidos, en vetas y en filones. Esqueleto del globo terrestre, se hallan en las mayores profundidades, y en las mayores alturas, sobre las que salen comunmente al exterior en crestas ó picos.

Las rocas primitivas son segun sus bases: cuarcíferas, feldespáticas, micáceas, amphibólicas y piroxénicas, con algunas talcosas intermedias, y en las partes bajas barros ó arcillas de descomposición, como la que proviene del feldespato llamada *Kaolin*, infusible, árida y en general blanca; la rogiza con puntos negruzcos que sale del amphibol, la blanquiza ó amarillenta, con menudas escamitas de mica, que depende de las rocas micáceas, etc.

En cada distrito el cultivador debe procurar adquirir el conocimiento de sus rocas (1) y terrenos, porque es un dato precioso y hasta necesario para un perfecto cultivo. Refiriendo aquí estos conocimientos a nuestro pais ofrecemos un ejemplo para todos los demas.

Galicia proporciona al cultivador un fértil terreno primitivo en las tres cuartas partes de su superficie, en el cual predominan las rocas feldespáticas, están en segundo lugar las micáceas, luego las amphibólicas, las cuarcíferas, las talcosas y por último las piroxénicas.

De *piroxénicas* solo hay conocida una roca de *basalto* entre Lázaro y las Cruces, dos leguas al S de Arzúa.

De nuestras *rocas feldespáticas* es la mas abundante el *granito*, roca macisa con granos visibles de feldespato, mica y cuarzo, trabados entre sí. Las provincias de la Coruña y Pontevedra son casi todas graníticas; las de Orense y Lugo lo son en gran parte. Son regularmente de granito las grandes piedras con que se contruye en Galicia, en

(1) Por la importancia que estos conocimientos tienen para el agricultor, quisiéramos que en los gabinetes de todos los Institutos y aun en las escuelas normales hubiese una colección de todas las rocas y tierras que forman los terrenos geológicos, ó por lo menos las de su distrito respectivo.

donde vulgarmente le llaman *canteria*.

El granito porfideo, que abunda mas en feldespato, lo hay en las inmediaciones de Caldas de Reyes, en el Pico Lobera y otros puntos del valle de Saloes, en la Peña Corneira al N de Rivadavia, y en la sierra de Teijeiro al N E de Lugo.

Un granito casi sin mica, nombrado por esta circunstancia *pegmatilo* se ve en el monte de S. Pedro cerca de la Coruña, cuya formación es la mas antigua, si es cierto que á mayor ancianidad corresponde menos mica.

El *curito* y el *pórfido*, rocas tambien de grano, compuesta de feldespato en masa con feldespato en cristales, ó con cuarzo; se encuentran principalmente en Oza cerca de la Coruña en Neiras al S de Monforte en la costa entre Foz y Rivadeo y á tres cuartos legua al N. E. de Lugo.

En las rocas *micáceas* comprendemos —1.º el *gneis* roca análoga en composición al granito, pero mas bien que de las mismas sustancias en gra, no formada por el polvo de ellas; hiende en lajas gruesas, en cuyo estado se emplea en la construcción, en vez del ladrillo de otras partes, con el nombre de *pizarra*. La colocamos entre las micáceas por que la mica domina en ella notablemente en nuestro pais. —2.º el *micasquisto* que á la vista parece toda formada de mica con un poco de brillo metálico, muy hojosa y desmenuzable, á pesar de la silice que contiene.

Ambas rocas son comunes en Galicia con frecuentes tránsitos de la una á la otra, y tambien al grito al que parecen subordinadas. El monte de la Almáciga cerca de Santiago, una y media legua de Pontevedra hácia Poyo, las cercanías de Villalba, la tierra de Viana del Bollo y de Tribes etc. ofrecen al curioso muestras de gneis. Las de micasquisto las encontrará principalmente en las inmediaciones de Lugo, en las marañas de Betanzos, en la jurisdicción de Montes, al rededor de Pontevedra y en otras partes.

De las rocas amphibólicas poseemos —1.º el amphibólito roca negruzca formada de amphibol, con feldespato y cuarzo en las amphibólitas. Al E de Santiago forma los montes del Viso y del Amenal, y se halla igualmente cerca de Mellid y Sobrado, en el Cabo Ortegá, en Lalin, Traba, Coristanco, Ferreira y Couso con otros muchos grupos, cuyos despojos dan siempre excelentes suelos rogizos. —2.º el *Sienito* en que hay mas cuarzo y feldespato, segun se ve en Bodoin cerca del cabo Ortegá, una legua al S O de Mellid, y al E de la parte de S. Fi. entre Orense y Carballiño. —3.º el *Diorito* en que domina el feldespato, como el que se halla en Leboeyro una legua al E de Mellid, en Couso una legua al S de Cuntis, entre Quiroga y el Brollon y en algun otro punto en pequeñas porciones.

Las rocas *cuarcíferas* primitivas de Galicia, llamadas en general en el pais *seijos*, son el cuarzo semicristalizado del célebre Pico-sagro; el cuarzo comun de las crestas de nuestras montañas; la *itacolumita* losa cuarzosa blanca algo elástica que se halla á un cuarto de legua al O de la ria de Foz, en Lousada, y otras partes, y la *cuarcita granosa* que abunda entre el Valle de oro y Burela.

(Se Continuará)

LA BARONESA DE FRIJE (4).

El tiempo obra sobre los dolores del alma, como el ópio sobre los del cuerpo.

I.

Vida nueva, dichas nuevas.

Después de cuanto acabo de referir, parecía que la novela de mi vida quedaba terminada definitivamente; —y ¡quién me había de decir entonces que, por el contrario, aun me restaba sufrir y gozar más en la tierra!

Habían transcurrido dos años desde la catástrofe de Enrique y Florentina; y en esos dos años, día por día, carcomido por el dolor de aquella pérdida irreparable, había tenido no obstante horas y horas de gran dicha al entregarme completamente á la ciencia astronómica, pues sus verdades me hacían superior á los dolores de la humana existencia, levantándome cien y cien codos sobre el nivel de la generalidad.

A cada verdad que sorprendía en las profundidades de la duda, á cada rayo de luz que adquiría en el camino oscuro é insondable del pensamiento, elevándose hasta la total comprensión de Dios, sentía como *algo* de regeneración en mi alma, como si mi espíritu se purificase de las cosas terrenales y perdiera hasta el recuerdo de toda dicha y de todo dolor pasado.

Así como en la vida de el Gran Mundo, había perdido la sensibilidad física y moral, y me sentía morir en París, y sólo *reviví* en Amarante; así dos años después de la muerte de Florentina me sentía *renacer* á una nueva vida, si bien en medio de un desierto.

Jóven aun y vigoroso, rico y opulento, la *soledad* de Amarante me abrumaba, sintiendo latir mi corazón al impulso de aspiraciones vagas, indeterminadas.

Pero ¿á dónde ir? ¿al gran mundo? no; pues experimentaba aversión hacia aquella vida desenfrenada y superficial.

Buscar otra Florentina y volverme á casar en mis montañas? Esto era imposible dadas las circunstancias, para mi originalidad, de mi carácter y del de Florentina, de su situación y de mi situación en palacio.

¿Qué hacer, pues? ¿Á dónde ir? Qué vida adoptar, teniendo facultades para adoptarlas todas?

Hé ahí el gran problema que se extendía ante mi sin solución alguna.

Galopaba una mañana por las risueñas márgenes del Ulla, embevido mas que nunca en estas ideas, cuando emparejé con el doctor en una encrucijada.

—Vais á llevar la salud á algun enfermo?—le pregunté.

—No, señor conde;—me contestó—voy á Arzúa, á llevar una buena noticia á mi sobrino German.

Y como el doctor conociera en mi actitud que tenía yo como curiosidad de saber la buena noticia de que era portador, prosiguió:

—Mi sobrino German, señor conde, es un jóven desgraciado, pues hijo de padres pobres, en vez de haber estudiado con aprovechamiento en Santiago para seguir una carrera lucrativa, solo se dedica-

ba á tocar el violín y galantear; empezó á estudiar para médico, y se aburríó; empezó á estudiar para abogado, y se aburríó tambien; empezó á estudiar para cura, y tambien se aburríó;—de modo que en la precision de ser algo en este mundo para mantenerse, se decidía ahora á ser soldado. Pero su pobre madre se alijia á la idea de que se fuera por esas tierras de Dios con el fusil al hombro, y me suplicó que lo colocara en alguna parte con tal de que no saliera del país. German tiene muy buena letra y sabe contar regularmente, y yo sabiendo que la baronía de Frige estaba sin administrador, escribí á la señora baronesa en favor de mi sobrino. La señora baronesa no está aquí, en el país, que se halla en Madrid; desde allí me contestó hoy aceptando á German por administrador de Frige.

—Ah!—exclamé yo—comprendo... comprendo.

—Ya vé V., que es una buena noticia para German: estará bien en Frige de administrador, y una vida así, *nueva*, no le aburrirá; porque vida nueva, gustos nuevos.

—Efectivamente—le contesté.

Y espoleé el caballo separándome del doctor.

La mañana... era una de esas mañanas serenas y apacibles en nuestras montañas; y yo parecía, tambien tener el alma serena y apacible como si hijo de la atmósfera, ésta influyendo en mi parte física ostensiblemente me produjera aquella gran serenidad moral.

De repente recordé las últimas palabras del doctor, y me conmoví: vida nueva, dichas nuevas.

En efecto, aquel German, aquel jóven dos veces pobre, pobre por carecer de bienes de fortuna y pobre por su pereza para el estudio, iba á ser mas feliz que yo. Iba á entrar en una vida nueva donde le esperaban emociones nuevas, si bien en un escenario humilde. Pero hay acaso escenario humilde, cuando se *siente*, puesto que *sentir es vivir!*

La imágen de aquel German y de lo feliz que yo me figuraba que iba á ser en su destino de administrador de la baronía de Frige, me preocupaba singularmente, tanto que, revolvi el caballo y me lancé ligeramente al encuentro del médico.

—Doctor—le dije—vuélvase V... no vaya V. á Arzúa.

El doctor me miró asombrado.

—Qué...! se ha puesto V. enfermo?

—No, doctor; pero V. puede contribuir á que yo pueda volver á ser feliz. Tengo una inspiración, un plan; quiero realizarlo, y V. me vá á ayudar.

—Explíquese V., señor conde.

—Doctor, para todo el mundo... fijese V. bien... para todo el mundo, mañana saldré de Amarante como que me dirijo á París, á Roma, á Alemania; pero en realidad, yo, con el nombre de German iré á Frige, y seré el administrador de la baronía.

—Señor!

—Solo V., doctor, solo V. estará en el secreto: su sobrino de V. German, vendrá á vivir aquí, á Amarante, al lado de V.; y yo con su nombre, con sus condiciones... pasaré en Frige por él...

—Pero... el objeto... ¿qué objeto se propone V.? Puedo saberlo?

—Es muy sencillo, doctor: V. lo ha dicho antes: *vida nueva, dichas nuevas.*

—Pero... ¿y cómo vá V. á sufrir las mil y una incomodidades anejas al destino de administrador, y los mil y un desaires de personas que se crean más que V.?

—Precisamente... la facilidad que llevo de no soportarlas cuando no quiera, me hará soportarlas con emoción.

—Ah!... el afán de *sentir* á donde arrastra á V.!

—*Sentir es vivir*, doctor.

(4) Esta novela, es continuación de la de El Conde de Amarante.

—Pero ¡lo que V. pretende es una locura! Mañana variará V. de parecer.

—Mañana partiré para Santiago, doctor, y de Santiago á Frige.

—Pero, vea V. que Frige, se halla situado en Finisterre, en el fin de la tierra!

—Tanto mejor para mi proyecto; y mañana saldré para *el fin de la tierra*: vida nueva, dichas nuevas.

II.

Estado financiero de la baronía.

Al siguiente día me diriji á Santiago.

Iba solo, sin criado ni equipo alguno.

En Santiago me hospedé modestamente; y equipándome como un estudiante, sin llevar en mi persona ropas ni nada que indicara algo de gran señor, salí para Corcubion.

Una vez en Corcubion, alquilé un caballo y me diriji á Frige, parroquia enclavada en el seno del promontorio Céltico, entre los cabos de Finisterre y Touriñan.

La casa de la baronía era uno de esos caserones del siglo XVII, mitad convento y mitad fortaleza, llamado *O Pazo*, el palacio. Había habitaciones modernas y antiguas: era un conjunto tosco del pasado y el presente sin armonía arquitectónica.

Al penetrar en el patio de aquel edificio irregular y sombrío, reinaba en él el mayor silencio: ni aun me miraron con desconfianza los grandes perros que lo atravesaban perezosamente.

Era á la caída de la tarde.

Me anuncié á un criado como el nuevo administrador de la baronía, y me condujo humildemente á mi habitación.

Creyendo que, como en Amarante, había médico en palacio, pregunté por él al criado y me contestó que el médico de *O Pazo* lo era también de la parroquia y vivía cerca de Lires.

Pregunté si había capellan, pues el palacio de la baronía tenía capilla, y me contestó que el capellan de *O Pazo* era el cura de la parroquia de Frige, al cual debía yo presentarme, porque no estando la señora baronesa, él era el representante de la casa desde la falta del administrador.

Á esta manifestación del criado, me diriji á la casa rectoral de Frige que se hallaba situada cerca del palacio, para hacer mi presentación como nuevo administrador.

Había cerrado ya la noche cuando subí á la habitación del párroco, el cual arreñanado en un gran sillón de baqueta, apenas se levantó para contestar á mi saludo.

Esta falta no la extrañé tanto después, cuando me dijo que, agoviado por la reuma, no vivía sino en la cama y en el sillón.

Era el párroco de Frige hombre de unos sesenta años, obeso, coloradote, tipo vulgar en nuestras montañas, tipo gráfico de todos esos señores abades no de misa y olla, sino de vaca y vota.

Después de varias particularidades que me preguntó y satisficé con humildad, depuse el tono grave de que se había revestido para hablarme al principio, y empezó á usar un lenguaje de *toda confianza*.

Y digo de toda confianza, porque tan pronto me hablaba cariñosamente de las buenas mozas de Buituron, Morquintian y Nemiña, como fruncía las cejas ásperamente y blasfemaba de San Genaro acosado por la reuma. San Genaro, era una especialidad singular para el párroco de Frige: siempre que sonreía á una buena idea, gritaba ¡viva San Genaro!— y si la reuma lo trituraba al mover un brazo ó una

pierna, murmuraba rabioso ¡maldito sea San Genaro!

Bondadoso, no obstante, por excelencia, cuando entró á visitarlo su teniente ó coadjutor, pidió la baraja y me brindó á jugar una partida de *briska* entre cuatro; él y su ama contra el coadjutor y yo.

El ama era una de esas mujeres hermosas como la bíblica Eva, pero hipócrita como una monja:—situada á mi lado me miraba á hurtadillas, suspiraba cavernosamente y acercaba con insistencia su pié al mío: no había en el espíritu que animaba á aquel gran busto capaz de trastornar á un croata, nada de poesía,—era la mujer *prosa*.

Concluida la partida, el ama nos sirvió vino y vizcochos.

Después el párroco me entregó el libro de administración y la caja de la baronía para que me hiciera cargo del estado financiero, y empezara á administrar desde el día siguiente.

Me retiré al palacio de Frige, y después de cenar, revisé el libro y abrí la caja.

El libro arrojaba un déficit contra la baronía, de diez y siete mil duros—y en caja no había sino unos trece mil reales para las atenciones corrientes.

El estado financiero, pues, de la administración era triste; pero mas triste se hizo pocos días después.

III.

Un Mendizábal.

Pocos días después de mi instalación en Frige, me mandó á llamar el párroco apremiadamente.

—Tengo una fatal noticia que comunicar á V.—me dijo medio lloroso—la señora baronesa de Frige, ya muy anciana y achacosa, acaba de fallecer en Madrid, que así me lo dice Piedad por telegrama.

Yo me incliné como turbado.

—Pero no es esto solo lo malo—prosiguió—sino que Piedad pide que se le libren fondos con urgencia para los gastos que tiene sobre sí, y ahora si San Genaro no nos vale, no sé como vamos á salir del apuro!

—En efecto—le contesté—los renteros tienen adelantado más de siete mil pesos con un cinco por ciento de beneficio para ellos, y en caja no hay más que unos trece mil reales.

—A si es... así es... por San Genaro!—apoyó el párroco.

Y se quedó como abismado bajo el peso de aquella cruel verdad.

Yo le pregunté al cabo de algunos instantes de silencio:

—Y ¿quién es... esa señora Piedad?

—Tomal—exclamó el buen cura alzando la cabeza con arrogancia—¡ahora salimos con eso! Diábulo con San Genaro!

Yo permanecí callado.

—Cómo!—prosiguió el párroco—aun no sabe V. quien es Piedad!

Yo volví á encogerme de hombros.

—Bien que—prosiguió el bueno del párroco—nada tiene de particular que V. no sepa quien es Piedad, puesto que es nuevo en estas tierras donde ella, aquel ángel y aquel demonio, nació.

(Se continuará).

FERROL:—1874.

Imprenta de EL ECO FERROLINO.
REAL 80.